

HISTORIA Y MEMORIA DE UN SECRETARIO GENERAL SANTIAGO CARRILLO EN LA TRANSICIÓN

Juan Andrade Blanco
Universidad de Extremadura

Discursos a la muerte de un secretario general

La muerte reciente de Santiago Carrillo ha tenido una extraordinaria repercusión mediática, que se ha manifestado en la abundante proliferación de portadas, editoriales, obituarios o reseñas biográficas en la prensa durante los días posteriores a su deceso. De igual modo, se produjo en los medios audiovisuales una amplia cobertura del suceso con la emisión de tertulias, debates, documentales sobre su vida y un seguimiento pormenorizado de las visitas a su capilla ardiente, donde dirigentes políticos de distinto signo y gentes de gran ascendencia en la vida social española hicieron sus respectivas declaraciones públicas.

En este contexto, caracterizado por pasiones de distinto grado y naturaleza, se difundieron diversas valoraciones acerca del que fuera durante veinte años secretario general del Partido Comunista de España y más tarde analista en distintos medios de comunicación. Todas estas voces, que monopolizaron por unos días el debate público, dieron forma a tres tipos de discursos sobre Santiago Carrillo, dos de ellos de limitada trascendencia, y otro claramente dominante.

Uno de estos discursos minoritarios, procedente de los sectores políticos y mediáticos más reaccionarios del país, presentaba a Santia-

go Carrillo como un personaje esencialmente malévolo y medroso, en cuya trayectoria política criminal destacaría de manera especialmente macabra su responsabilidad central en la matanza de Paracuellos del Jarama.¹ Otro discurso, prácticamente insignificante en los medios de masas, pero palpable en webs, blogs o foros de distinto tipo, procedió de una parte de la izquierda radical o comunista. Para estos sectores Santiago Carrillo sería el prototipo de los traidores a su causa: un dirigente que tras perder las riendas del partido en 1982 medraría por despecho para llevar a sus seguidores a las fauces del PSOE. Desde esta consideración se reinterpretaba en términos negativos toda la trayectoria previa del secretario general, presentándolo como un dirigente sin escrúpulos dispuesto a todo tipo de artimañas a fin de preservar su posición de poder dentro del partido, o incluso como una especie de infiltrado que desde tiempo atrás albergaría el deseo de hacer del PCE un referente socialdemócrata o de llevarlo directamente al abismo.²

Sin embargo, frente a estos dos discursos denigratorios, la imagen que de Santiago Carrillo se ha proyectado desde la mayoría de los medios de comunicación y a cargo de los más influyentes políticos y periodistas ha sido una imagen laudatoria que ha puesto en solfa lo que, desde esta perspectiva, sería su encomiable papel durante la Transición. La valoración de

este papel ha funcionado a veces en los medios teóricamente más progresistas como un filtro generoso que apenas ha dejado pasar las alusiones a aquellas situaciones más controvertidas relacionadas con la represión en la Guerra Civil o las disputas internas por la conquista y el sostenimiento del poder en el partido. Incluso en el caso de aquellos medios situados más a la derecha la expresión reiterada para referirse a Santiago Carrillo ha sido la de un personaje «con luces y sombras», siendo la Guerra Civil su etapa sombría por excelencia, y la Transición una etapa de tal luminosidad que vendría a redimir al personaje.³

Por eso no resulta una tarea fácil acercarse a la figura de Santiago Carrillo en la Transición, pues es precisamente su papel durante este proceso el que ha merecido y sigue mereciendo elogios unánimes que generan un ruido de tal envergadura que hacen inaudible la voz del entonces dirigente del PCE. Lo que planteamos, en definitiva, es que para hablar del papel Santiago Carrillo en la Transición hay que considerar previamente el culto a su actuación en este periodo, aunque sólo sea porque la fuerza de este relato mediático puede contagiar un relato historiográfico que se pretenda riguroso y ajustado a las pautas probatorias del oficio, que son la referencia a las fuentes y la interpretación lógica y racional de las mismas, un procedimiento que brilla por su ausencia en toda narración hagiográfica.

Pero ¿cuál es exactamente esta imagen encomiástica? La idea defendida por personalidades políticas de primera fila y periodistas de amplio seguimiento sitúa a Santiago Carrillo como uno de los grandes artífices de la Transición, como un dirigente con altura de miras que supo anteponer el interés común del país a los intereses de su partido para construir el clima de concordia y el sistema democrático que hoy disfrutamos. De esta imagen sencilla y rotunda —y por tanto de fácil difusión mediática y transmisión social— se derivarían otras imágenes consecuentes y complementarias del exsecretario general:

la de un hombre de Estado dispuesto al diálogo y al consenso, la de un político renovado y moderado que supo dejar atrás las viejas utopías lacerantes de su tradición para adaptarse a los requerimientos de la realidad o la de un dirigente hábil y perspicaz que supo sortear obstáculos de todo tipo para lograr la legalización del PCE y encauzar el proceso de transición hacia una mejor democracia.

Las declaraciones a su muerte en este sentido fueron mayoritarias y comunes desde la Jefatura del Estado a todo el arco político con representación parlamentaria. Sirvan de ejemplo las palabras del Rey: «Una persona fundamental para la Transición y la democracia, y muy querido»;⁴ de Jesús Posada, presidente del Congreso: «Una de las claves que contribuyeron a que la Constitución fuera de todos los españoles fue la flexibilidad de Carrillo, y todos los españoles tenemos por ello un deber de gratitud»;⁵ del presidente del Gobierno, Mariano Rajoy: «Su contribución al orden constitucional perdurará como referente para la política española»;⁶ de Carlos Floriano, vicesecretario general del Partido Popular: «Cuando llegó el momento supo anteponer los intereses de su país sobre sus intereses de partido y contribuyó decisivamente a que hoy tengamos el sistema de libertades del que todos disfrutamos. Eso le hará ocupar una página de la historia de España»;⁷ de Alfredo Pérez Rubalcaba, secretario general del Partido Socialista Obrero Español: «la España actual fue fruto de una transición modélica que se basó en la convivencia. Fue tarea de todos, pero algunos de ellos desempeñaron un papel clave. Santiago Carrillo está «entre esos»⁸ o «entre los intereses de su partido y los intereses generales de los españoles optó por los intereses generales de los españoles»;⁹ del entonces dirigente liberal y actualmente destacado abogado y empresario Antonio Garrigues Walker, que subrayó «calidad, pragmatismo, moderación y generosidad»; del exvicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, para quien «Carrillo llegó a España y colocó al PCE en unas condiciones de

razonabilidad que sorprendieron a todos»,¹⁰ o de Gaspar Llamazares, diputado en el Congreso por Izquierda Unida y presidente de Izquierda Abierta: «Resume como nadie la República, la lucha antifranquista, la apuesta por la reconciliación. No se puede entender la vida democrática actual sin la apuesta de todo un partido, y la apuesta por la reconciliación en un momento complicado de la vida del país. Se va un pedacito de nuestra historia, lo mejor de nuestra historia».¹¹

El problema es que este relato canónico presenta, desde un punto de vista historiográfico, al menos dos objeciones de partida.

La primera de ellas es que este relato hace de la Transición un proceso de cambio institucional dirigido por un grupo reducido de hombres de Estado que, desde arriba y de manera altruista, desarrollarían una compleja operación de ingeniería política motivada desde el principio por el empeño común de traer la democracia a España. Entre estos protagonistas indiscutidos de la Transición se encontrarían, además de Santiago Carrillo, Manuel Fraga como domesticador de la derecha, Fernández Miranda como la materia gris del proceso, Adolfo Suárez como el hombre que desde dentro fue desmontando el aparataje del Régimen y, por supuesto, el Rey, no en vano calificado con frecuencia como el motor del cambio. El problema para el sostenimiento de este relato es que ya hace tiempo que la historiografía viene poniendo de manifiesto que esta disposición negociadora de orientación democrática de los de arriba fue en gran medida motivada por la presión movilizadora desde abajo: por la labor de unos movimientos sociales y unos cuadros políticos que desataron una dinámica de oposición intensa hacia la dictadura y difundieron una cultura de participación democrática entre amplios sectores de la población. Desde estas bases sociales se explicaría el desarrollo de un proceso que además estuvo condicionado en todo momento por un contexto internacional complejo de crisis económica y dinámica de bloques.

La segunda objeción a ese discurso canónico sobre Santiago Carrillo y la Transición es que a veces parece orientado a legitimar el actual ordenamiento constitucional. Si con frecuencia los sistemas políticos necesitan para legitimarse de un mito fundacional y de unas figuras ejemplares, no cabe duda que en este sentido la Transición viene actuando como el mito fundacional de nuestro actual sistema político y Santiago Carrillo como una de sus figuras ejemplares.

Como plantea Josep Fontana, muchos de los relatos del pasado resultan ser una legitimación encubierta del presente en los que los hechos pretéritos se seleccionan y disponen de tal forma que a su término no cabría considerar un resultado mejor. A la luz de esta narración se magnifica o empequeñece la estatura de los dirigentes políticos del momento en función de su capacidad para remar en la dirección que siguió el curso de los acontecimientos.¹² Semejante visión parece responder al viejo aserto hegeliano de que «todo lo que es real es racional», para a continuación presentar a quienes se sumaron a la corriente de la historia como sus protagonistas más lúcidos.

La imagen idílica de Santiago Carrillo en la Transición ha respondido en ciertos casos a esa intencionalidad legitimadora del presente, o, dicho a la inversa y más propiamente, a un afán desacreditador de los proyectos y actitudes que se ofrecieron como alternativa. En este sentido algunos de los elogios al papel de Santiago Carrillo en la Transición se rebelan interesados, aunque sólo sea por llamativos. Lo primero que llama la atención es que lo que más se valore en la amplísima trayectoria política de Santiago Carrillo sea su papel como dirigente del PCE en la Transición, cuando el partido terminó este proceso roto por dentro y con unos resultados electorales catastróficos en las elecciones de 1982. Por más que la descomposición del PCE sea atribuible a un complejo conjunto de factores internos y contextuales, que lo es,¹³ un porcentaje considerable de responsabilidad habrá que atribuirle también a quien fuera su

máximo dirigente, si no queremos caer en visiones fatalistas que sugieran que el partido portaba el gen de su propia destrucción o en un determinismo contextual según el cual el PCE no estaría habilitado para sobrevivir en el nuevo entorno. En segundo lugar, llama la atención que lo que más se valore del papel de Santiago Carrillo en la Transición sea su capacidad de cesión a fin de llegar al consabido consenso, es decir, su distanciamiento en última instancia del proyecto político originario por el que luchó su partido durante los duros años de la clandestinidad, un proyecto basado en la ruptura democrática con la dictadura en la perspectiva a largo plazo de alcanzar posiciones de poder desde las que impulsar cambios sociales más ambiciosos.

El caso es que, así visto, parecería como si algunos de los elogios al papel de Carrillo en la Transición fueran una celebración encubierta de la derrota del partido durante el proceso. De igual modo que, así visto, parecería como si algunos de esos elogios al papel de Santiago Carrillo en la Transición fueran una celebración encubierta de la derrota de esos proyectos de ruptura con la dictadura y de construcción de la democracia desde una perspectiva más social.

Este relato sobre la Transición y el papel de Santiago Carrillo se ha reavivado a su muerte, pues obviamente el mayor reconocimiento a una figura pública ya reconocida en vida suele producirse justo en el momento de su defunción. Además da la impresión de que este relato ha cobrado mayor intensidad aún por la situación concreta que vive el país, una situación de crisis económica que ha contribuido a reventar también las costuras de su sistema político-institucional. La quiebra de las bases económicas del país, la crítica a la supeditación del poder político a los dictámenes de los mercados, el descrédito de la clase política, el cuestionamiento del sistema de representación, la erosión del modelo bipartidista, los escándalos que salpicaron a altas instancias del poder judicial o el cambio en negativo de la percepción de la Monarquía han sido las distintas expresiones de un

considerable malestar social hacia un modelo que obviamente es resultado directo de más de treinta años de gestión económica y actividad pública, pero que hunde sus raíces y fue definido constitucionalmente en la Transición.

Con la crisis actual, el mito funcional de la Transición venía declinando, y con él su función legitimadora. La muerte de Santiago Carrillo ofreció a algunos referentes políticos y mediáticos la oportunidad de reactivarlo. El elogio a su papel en la Transición resultaba oportuno para hacer un llamamiento a la contención de la izquierda, apelando a la sensatez, la moderación y el pragmatismo del secretario general durante aquellos años difíciles, y en general para reactivar ante la sociedad el espejismo del consenso de las élites políticas como panacea para superar de nuevo las adversidades. Sirvan de ejemplo a este respecto las declaraciones del dirigente del Partido Popular, Esteban González Pons: «Ojalá la generosidad que Carrillo y otros tuvieron nos acompañe siempre, y en particular en este momento»¹⁴ o las del exmilitante del PCE y en la actualidad embajador y destacado diplomático Carlos Alonso Zaldívar:

En los últimos veinte años en España se han hecho muchas cosas pero nada capaz de soportar la tormenta que tenemos encima, que es lo que habría que haber hecho. Hoy el horizonte está cubierto. ¿Adónde mirar? Si se trata de encontrar la salida hay que mirar atrás. A los fundadores de nuestra democracia; a los Suárez, González, Carrillo, Pujol, Ardanza y muchos otros. Y no porque no cometieran errores, que todos lo hicieron, sino porque tuvieron un acierto, subordinar todo a dar al país lo que el país necesitaba.¹⁵

Somos de la opinión de que toda historia es siempre una historia del presente, en el sentido que siempre se escribe condicionado por los valores, las expectativas y los debates de actualidad. Pero de igual modo reconocemos la conveniencia de huir del presentismo que mira al pasado desde la lupa deformante de los intereses inmediatos, máxime cuando eso se hace, consciente o inconscientemente, para legitimar

el orden de cosas. Con la intención de zafarnos de esos riesgos y de ofrecer una aproximación contextualizada y basada en las fuentes del papel de Santiago Carrillo en la Transición se han elaborado las siguientes notas.

De la lucha por la ruptura a la negociación de la reforma

La fortaleza alcanzada por el PCE a comienzo de los años setenta hundió sus raíces en el acierto que supuso la aprobación en 1956 de la Política de Reconciliación Nacional, en virtud de la cual el partido decidió abandonar la lucha armada y aprovechar los resquicios legales del régimen para generar tiempo después una oposición pacífica de masas en varios frentes paralelos. Este cambio en la orientación política del partido, favorecido por las importantes transformaciones económicas que se produjeron en la España de los sesenta, permitieron a los militantes comunista pasar de la soterrada acción clandestina a constituirse en los referentes públicos de los movimientos sociales más activos contra la dictadura, dentro de los cuales destacaron particularmente las Comisiones Obreras.¹⁶ Sin duda, Santiago Carrillo fue uno de los principales impulsores de la Política de Reconciliación Nacional que marca el remoto punto de arranque en el ascenso social posterior del partido, durante el cual Carrillo fue además su secretario general.¹⁷

No obstante, la relectura que Carrillo hizo de esta política durante la Transición dista del significado que tuvo originariamente. La Política de Reconciliación Nacional fue concebida para la ruptura democrática con la dictadura y no para llegar a un acuerdo nacional con los dirigentes y herederos de la misma. La Política de Reconciliación Nacional de 1956 planteaba que la línea divisoria marcada por la Guerra Civil había dejado de tener sentido toda vez que el franquismo como sistema de dominación golpeaba con igual fuerza a los sectores populares que habían combatido en un lado u otro duran-

te la contienda y que por eso tenía sentido curar las heridas de la guerra para aglutinar contra la dictadura a todos los sectores sociales que la sufrían. Conscientes igualmente de que empezaban a surgir núcleos de oposición dentro del régimen, el partido se plantaba la posibilidad de ampliar su política de alianzas a estos sectores políticos conservadores.¹⁸ Fue posteriormente en la Transición cuando esta reconciliación por abajo entre los españoles y por arriba con aquellos que previamente estaban disintiendo con el régimen se amplió también en el discurso del PCE, y muy concretamente en el de Santiago Carrillo, a una reconciliación entre los dirigentes políticos procedentes del bando republicano y los dirigentes del momento de la dictadura.

Este viraje en la línea política del PCE se explicitó a finales de 1976, cuando se puso de manifiesto un hecho crucial para entender la trayectoria del partido y la Transición en su conjunto: que la oposición democrática tenía el respaldo social suficiente para neutralizar el continuismo pero carecía de la fuerza necesaria para imponer la ruptura. Ante esa circunstancia, la dirección del PCE con Santiago Carrillo a la cabeza concluyó que no quedaba más remedio que sumarse al proyecto reformista de Adolfo Suárez planteando que gracias a su concurso este proyecto reformista impuesto desde el poder se podría reconducir hacia los objetivos rupturistas deseados por la oposición,¹⁹ como si los medios no comprometieran los fines y como si con ello no cambiara la propia posición del partido, que en virtud del fracaso de la ruptura dejó de ser el eje de la oposición para tener que negociar su propia legalización en unos términos bastante desfavorables.

La fortaleza del PCE obligó al gobierno a legalizar el partido, y es en este momento donde se forja la imagen del Carrillo como un dirigente hábil y perspicaz, como un maestro del regate corto. Efectivamente, la legalización del PCE no fue tarea fácil, pues los impedimentos iban desde la presión de algunas cancillerías occidentales al chantaje golpista de las fuerzas armadas,

pasando por la actitud de algunos partidos de la oposición que estaban dispuestos a dejarlo en la ilegalidad. En este sentido el problema para el PCE no se cifraba tanto en la posibilidad de que el gobierno lo dejara en la ilegalidad de manera indefinida como en la alta probabilidad de que decidiera legalizarlo después de las primeras elecciones, cuando una parte considerable de su electorado ya se hubiera repartido entre otras opciones políticas.²⁰ Ante estas circunstancias Santiago Carrillo gestionó de manera muy hábil la respuesta al asesinato de los abogados laboristas de Atocha, lo que le sirvió para atemperar el recelo de muchos ante una eventual legalización del partido; así como algunos de su respaldo internacionales, trayendo a Madrid a E. Berlinguer y G. Marchais para plantear a la sociedad que la política del PCE discurriría en España por los cauces de normalidad que transitaban los comunistas italianos y franceses.

Pero más allá de estos gestos importantes, la legalización fue forzada por la propia fortaleza y arraigo social del partido, que se logró visualizar con la denominada política de «salida a la superficie»,²¹ una política consistente en desbordar la capacidad represiva del régimen sacando en masa a sus cuadros y dirigentes a la luz pública, forzando con ello «el ejercicio en la práctica de derechos no reconocidos por el Régimen».²² Fue esa política la que llevó a Santiago Carrillo a cruzar clandestinamente los Pirineos y a demostrar cada cierto tiempo a la opinión pública que podía sortear a los cuerpos de seguridad del Estado en la misma capital del país. Sin embargo, el relato mítico posterior de la Transición, centrado en la acción heroica de los grandes individuos, redujo esa política colectiva protagonizada con mucho riesgo por miles de militantes comunistas al romántico viaje de un ingenioso Santiago Carrillo camuflado tras una peluca a bordo del flamante coche de su amigo Teodulfo Lagunero, confundiendo, como suele ser habitual en este tipo de relatos, la anécdota con la categoría.

En este contexto el gobierno se sintió obligado a legalizar al PCE a cambio de que aceptara la Monarquía y a cambio también de que se comprometiera a contener la movilización para apaciguar a los involucionistas. El compromiso entre el PCE y el gobierno sobre estos temas parece ser que se selló en la reunión que Adolfo Suárez y Santiago Carrillo mantuvieron en casa de José Mario Armero el 28 de febrero de 1977.²³ La complicada decisión corrió, por tanto, a cargo del secretario general, que la presentó posteriormente como un hecho consumado para su validación ante los órganos de dirección del partido. Efectivamente, fue en el Pleno del Comité Central, celebrado el 14 de abril, donde el PCE reconoció oficialmente la unidad de España, la Monarquía y la bandera bicolor. Los miembros del partido que acudieron a la reunión no tenían constancia de que en ella se fuera a plantear semejante decisión, ni mucho menos sabían que el compromiso con la Monarquía ya lo hubiera sellado tiempo atrás el secretario general. Avanzada la sesión, Santiago Carrillo tomó la palabra, y, repentinamente, en tono solemne, dijo:

Nos encontramos en la reunión más difícil que hayamos tenido hasta hoy antes de la guerra. En estas horas, no digo en estos días, digo en estas horas, puede decidirse si se va a la democracia o se entra en una involución gravísima que afectaría no sólo al partido y a todas las fuerzas democráticas de la oposición, sino también a los reformistas e institucionalistas. Creo que no dramatizo, digo en este minuto lo que hay.²⁴

A continuación leyó la resolución que traía preparada, y que inmediatamente después se hizo pública en rueda de prensa:

[...] Si en el proceso de paso de la dictadura a la democracia la Monarquía continúa obrando de una manera decidida para establecer en nuestro país la democracia, estimamos que en unas próximas Cortes nuestro partido y las fuerzas democráticas podrían considerar la Monarquía como un régimen constitucional y democrático [...] Estamos convencidos a la vez de ser enérgicos

y clarividentes defensores de la unidad de lo que es nuestra patria común.²⁵

La resolución se aprobó inmediatamente después sin ningún voto en contra, tan sólo con 11 abstenciones procedentes básicamente de vascos y catalanes. Este hecho pone de manifiesto el personalismo de Santiago Carrillo en la toma de alguna de las decisiones más relevantes y polémicas para el partido en la Transición, pero también el respaldo casi unánime del que disfrutó en su momento por parte de muchos de quienes más tarde se convertirían en feroces críticos de su papel durante el proceso.

En cualquier caso, parecía que el saldo de las negociaciones protagonizadas personalmente por Carrillo beneficiaba al PCE, pues lograba imponer su legalización antes de que se celebrasen las primeras legislativas. Sin embargo visto con perspectiva resultó más beneficioso para el gobierno, pues integraba en el futuro sistema a un PCE en cierta medida desarmado, es decir, con su perfil ideológico desdibujado al renunciar a su republicanismo, y con el compromiso impuesto de no utilizar en exceso su principal activo, esto es, su capacidad de movilización social. La legalización del PCE fue uno de los acontecimientos más decisivos y peculiares de la Transición, en virtud del cual cada una de las partes dio a su contraria aquello de lo que adolecía. Este acontecimiento fue un intercambio entre el PCE y el gobierno de legalidad por legitimidad. El gobierno concedió al PCE la legalidad procedente del Estado franquista, mientras que el PCE transfirió al gobierno la legitimidad procedente de la lucha por la democracia, y esta legitimación fue tremenda en tanto que procedente de su principal antagonista ideológico. Así visto, la gran gesta negociadora de Santiago Carrillo tuvo cuando menos unas duras contrapartidas para su organización que lo lastraron durante todo el proceso de cambio y que generaría un profundo malestar cuando la militancia no percibiera ninguna compensación a tan fuerte sacrificio. Lo que por sus resultados

inmediatos ha sido interpretado como un gran éxito personal de Santiago Carrillo se reveló a la postre como un hecho cuyas secuelas y contrapartidas son factores a considerar en la descomposición del partido.

Después de la legalización el PCE concurrió a las primeras legislativas del 1977 con la esperanza de rentabilizar electoralmente su hegemonía en la lucha contra dictadura, pero sus expectativas se vieron frustradas, obteniendo apenas un 9.3 % de los votos. Santiago Carrillo pensó entonces que estos discretos resultados se debieron fundamentalmente al peso de la imagen autoritaria y prosoviética que la propaganda franquista le había confeccionado:

Este voto de moderación ha afectado también a nuestros resultados. Para la mayoría de la opinión pública somos, todavía, una opción extrema. La caricatura del «lobo con la piel de cordero» aún consigue efectos. Si el partido, en su campaña, se hubiera escorado a posiciones izquierdistas, nuestra votación hubiera sido más reducida.²⁶

Esta preocupación por la imagen electoral que el partido proyectaba le llevó a reprender a aquellos militantes que a su juicio estaban dando argumentos con sus declaraciones y actitudes a la propaganda del adversario:

En estas elecciones ha habido todavía algún camarada que paralelamente a la explicación de nuestro programa ha tenido expresiones como la de que «tenemos una cuerda guardada». Y me temo que no se trata de un caso aislado, me temo que haya cuadros y miembros del partido que, aceptando formalmente su política, tengan «una cuerda guardada», es decir, consideran de hecho nuestra política, como una simple táctica coyuntural. En un momento de conflicto en su empresa o centro de trabajo esas expresiones pueden obtener aplausos. Pero a la hora de optar, cuando se reflexiona sobre el porvenir, incluso muchos de los que han aplaudido coyunturalmente se interrogan: «pero si se tiene una cuerda guardada, ¿cómo puedo creer que va a respetar el pluralismo, la libertad, la democracia, que no va a repetir modelos de socialismo que no me satisfacen?»²⁷

Sin embargo, Santiago Carrillo se negó aceptar que esta imagen a la que atribuía las limitaciones electorales del partido se debiera a la presencia al frente de él de dirigentes asociados insistentemente por la propaganda adversaria a la Guerra Civil y a los tiempos del estalinismo:

Después de estas elecciones sigue especulándose contra el Partido con la imagen supuestamente negativa que pueden darle lo que los críticos llaman dirigentes históricos. Hay que afirmar que algunos dirigentes «históricos» han hecho por dar a la nueva imagen del Partido muchísimo más de lo que podrían haber hecho, con la mejor voluntad, otros más jóvenes. La imagen de un partido revolucionario moderno la da fundamentalmente su política, su teoría, su acción y su propia composición. El Partido renueva normalmente sus cuadros; pero nadie nos impondrá los dirigentes desde fuera.²⁸

Las palabras de Carrillo venían a defender, de manea poco convincente, que, en términos mediático-electorales, la imagen del partido dependía mucho más del contenido de su discurso político e ideológico que de quien lo formulase. Nuestra interpretación al respecto es, sin embargo, que el secretario general interpretó la vinculación capciosa con la Guerra Civil de que fue objeto, y que ciertamente generaba rechazo entre buena parte de la sociedad, como un lastre que podía sacudirse con un discurso y una práctica más atemperados.

De este modo, tras las elecciones de 1977, el PCE aprobó una nueva línea, denominada Política de Concertación Democrática,²⁹ orientada en gran medida a romper esa imagen de partido radical y filosoviético a golpe de gestos moderados, ya fuera participando de manera entusiasta en la dinámica del consenso con el apoyo a los Pactos de la Moncloa y a la Constitución, ya fuera desterrando señas de identidad ideológicas como el leninismo en 1978.

En este contexto, Santiago Carrillo desató una práctica consistente en racionalizar ideológicamente las decisiones políticas coyunturales como pasos consecuentes en la estrategia eurocomunista de largo alcance. Esta práctica fun-

cionó por un tiempo, pero finalmente redundó en perjuicio de su credibilidad de la dirección y muy especialmente del propio Santiago Carrillo ante la militancia.

El caso más elocuente de esto fue la justificación que se hizo de los Pactos de la Moncloa. En este sentido puede que el PCE suscribiera los pactos para darse a sí mismo un protagonismo parlamentario superior al que le permitían sus resultados electorales, para romper la tendencia al bipartidismo que se advertía entre UCD y PSOE, porque los considerase un mal menor, porque no fuera capaz de concebir una alternativa, porque pensara sinceramente que participando de su gestión podría evitar su aplicación más severa, para lograr contrapartidas en materia de derechos sindicales o para proyectar esa imagen de moderación que contrarrestara la propaganda del adversario. Sin embargo, lo que resultaba difícilmente creíble es que los Pactos de la Moncloa fueran un paso conducente al socialismo prefigurado por la estrategia eurocomunista, como así los justificó con frecuencia el propio Santiago Carrillo ante la militancia: «En los acuerdos de la Moncloa están previstos cambios que pueden ser considerados como estructurales y punto de partida para, avanzando en esa dirección, crear el advenimiento de una democracia político-económica».³⁰ Otro tanto sucedió con el respaldo a la Constitución, justificada por el propio Carrillo como un texto que a su juicio diseñaba un marco jurídico dentro del cual podría desarrollarse la estrategia del partido al socialismo:

Nuestro acuerdo con la Constitución empieza porque la consideramos una Constitución válida para todos los españoles, una Constitución de reconciliación, una Constitución que viene a hacer punto y raya con el pasado de luchas civiles, con el pasado de división que ha conocido nuestro país; una Constitución que refleja las realidades político-sociales y culturales de la España de hoy y que, además y ésta es una de las razones por las que la votamos sin vacilar, no cierra el camino al progreso de nuestro país, no cierra el camino a

las transformaciones sociales para las cuales nosotros existimos como partido. Es decir, se trata de una constitución –y por eso vale para todos– con la cual sería posible realizar transformaciones socialistas en nuestro país.³¹

En resumen, la racionalización fue el recurso habitual de un dirigente que instrumentalizó la tradición política del partido para justificar decisiones que respondían a motivaciones coyunturales que de ser reconocidas públicamente hubieran podido generar el rechazo de la comunidad hacia la que iban dirigidas, un dirigente que se sintió obligado a justificar ante sus militantes los comedidos pactos de la nueva democracia con el ambicioso discurso ideológico y estratégico heredado de los años heroicos del antifranquismo. Las tensiones entre una parte de la militancia se intensificaron cuando empezó a comprobarse que esos pactos no conducían a destinos tan remotos.

Dentro de esta espiral de gestos moderados, el más efectista fue sin duda la propuesta de abandonar el leninismo que por su cuenta y riesgo realizó Santiago Carrillo en su viaje a EE UU a finales de noviembre de 1977. Fue en este mismo viaje en el que declaró también, sin un debate previo en los órganos de dirección, que el PCE aceptaría la presencia de bases de la OTAN en España hasta que la URSS no retirara las suyas de los países de la Europa del Este.³² Este viaje a EEUU revela a nuestro juicio la imagen de un dirigente desbocado por la celeridad de los acontecimientos y por un exceso de confianza en sus propias capacidades, la imagen de un dirigente que pensó que podía gestionar un escenario sumamente complejo y en constante evolución a golpes de ingenio. Y es en esos términos en los que se explica en buena medida su propuesta de renunciar al leninismo, claramente concebida como un golpe de efecto mediático en clave electoral en un tiempo en el que el Santiago Carrillo hizo con frecuencia de la ideología un slogan publicitario y un instrumento con el que gestionar las relaciones de poder dentro del partido. En este sentido el abandono

del leninismo fue una forma de teatralizar el distanciamiento con la URSS y un gesto simbólico orientado a contrarrestar la imagen de partido autoritario construida por sus adversarios; pero además sirvió de cortina de humo para desviar el debate sobre la necesaria regeneración de la dirección, su papel en los primeros tiempos de la Transición y para dividir con esta cuestión ideológica a quienes pudieron conformar un grupo crítico al respecto.

No obstante, esta propuesta no la hizo Santiago Carrillo en el vacío. Existía en el PCE una tradición reciente de reformulaciones ideológicas que permitieron que esta propuesta cobrara sentido y pudiera arraigar, una tradición que terminó cristalizando en lo que se dio en llamar el eurocomunismo, y de la que Carrillo fue su principal valedor por delante de Enrico Berlinguer, el secretario general del PCI, y más aún de Georges Marchais, el líder de los comunistas franceses.

El eurocomunismo fue un intento de diseñar una estrategia nacional, democrática e institucional al socialismo que pasó a considerar los profundos cambios sociales económicos y culturales que se habían producido en los países del capitalismo avanzado y que defendía la posibilidad y la conveniencia de utilizar las instituciones liberales en la Transición al socialismo y de respetar una parte sustancial de éstas en la propia sociedad socialista. En consecuencia mostró también una oposición más o menos abierta al modelo del denominado Socialismo Real, forzada por su necesidad estratégica de autonomía con respecto a la URSS y por el descrédito de este modelo entre la clase obrera occidental.³³

La propuesta eurocomunista de Santiago Carrillo respondió en buena medida a la conciencia de la necesidad de renovación estratégica que tenían los partidos comunistas occidentales a la altura de la década de los setenta y a la conciencia de los límites que imponía la vieja retórica de la ortodoxia marxista-leninista, como se pone de manifiesto en su obra *Eurocomunismo y Estado*.³⁴ Sin embargo, lo cierto

es que lejos de funcionar como una estrategia de largo alcance el eurocomunismo fue utilizado con frecuencia por el secretario general como instrumento legitimador del tacticismo cotidiano del partido y sobre todo como un recurso propagandístico con el que proyectar una imagen más amable en los términos que le reclamaban sus adversarios. De igual modo el eurocomunismo sublimaba la dificultad de acometer un verdadero proyecto de transformación radical de la sociedad en una estrategia retórica y especulativa de transición al socialismo que justificaba una línea política real muy pragmática y moderada dentro de una cultura política donde el ideal revolucionario seguía ocupando un lugar importante. Atendiendo a todo ello no fue casual que Santiago Carrillo diera el mayor impulso promocional al eurocomunismo justo en la etapa del consenso.

Con la apuesta por el consenso Santiago Carrillo y el PCE lograron un protagonismo parlamentario considerable, evitaron la tendencia al bipartidismo entre la UCD y el PSOE y, en consecuencia, fueron más influyentes en la definición del nuevo sistema institucional que se estaba construyendo, pero a costa de ofrecer como aval para participar en las negociaciones su capacidad para embridar la movilización social a través de CCOO y a costa de ir interiorizando una cultura de la gobernabilidad que le iría alejando progresivamente de sus propósitos originales. Con ambas cosas el partido se iba dejando en el camino buena parte de su capital, es decir, su proyecto político propio y el arraigo social que había logrado en un contexto de la movilización de clase. Y es aquí precisamente donde empieza a construirse de manera interesada el personaje de Santiago Carrillo como «hombre de Estado con altura de miras dispuesto a ceder por el bien común». Y parece que es aquí cuando Santiago Carrillo empieza a sentirse seducido por el reconocimiento interesado que de él hacen algunos de sus adversarios y por esa imagen de hombre de Estado tanto más atractiva para alguien que hasta entonces

había sido considerado «la antiEspaña» o un paria en el exilio.

De los elogios que entonces recibió de sus adversarios cabe sacar a colación dos en concreto. El que le hizo José María Carrascal cuando cubría su viaje a EE UU:

Su actitud ha sido un modelo de moderación. Hubo momentos en que podía ponerse en duda no ya su condición de comunista, sino incluso de marxista, y no desaprovechó oportunidad para proyectar una imagen de patriota, responsable y demócrata [...] Es prácticamente imposible estar en desacuerdo con este hombre que habla de libertad, paz, concordia, que acepta el multipartidismo, que rechaza la dictadura del proletariado, que no habla de nacionalizaciones, que quiere que los americanos se queden en España mientras los Rusos ocupan el Este de Europa [...] ³⁵

Y el que le regaló Manuel Fraga en su presentación ante el Club Siglo XXI en Madrid:

Santiago Carrillo ha escrito varios libros importantes. El último, «Eurocomunismo y Estado», ha tenido una resonancia ilimitada, porque, con más decisión intelectual que ninguno de los otros revisionistas de los dogmas marxistas, ha rebasado no sólo al estalinismo sino también al leninismo. Creo que ello es razón más que suficiente para que el Club Siglo XXI se dé a sí mismo la oportunidad de oír, de primera mano, las tesis de su autor [...] yo he entrevistado en él a un español, con las virtudes y los defectos de la raza, bastante bien plantado [...] Estamos ante un comunista de pura cepa y, si él me lo permite, de mucho cuidado. Por eso interesa oírle. Santiago Carrillo tiene la palabra. ³⁶

Un ejemplo particularmente elocuente de la satisfacción de Santiago Carrillo por su cambio de estatus y por la consideración de que fue objeto por parte de sus adversarios puede verse en el relato que ofrece de su primera presencia en una recepción real, donde percibimos a un Carrillo muy satisfecho por participar definitivamente en los espacios tradicionales del poder y por ser aceptado con naturalidad, y cierto morbo, entre las élites políticas:

En la larga entrevista mantenida con Adolfo Suárez el 28 de Febrero de 1977, cuando habíamos llegado a acuerdos sobre lo esencial, para mí empezó a ser claro que el futuro comportaría la existencia de alguna relación mía con el rey [...] Casi había olvidado la cuestión cuando siendo presidente del grupo parlamentario comunista recibí una invitación –días después de haber sido elegido diputado– para acudir a palacio, a una recepción con motivo del santo del monarca. [...] Ya estaba pensando en cómo escabullirme de allí, cuando tropecé en un salón con Joaquín Garrigues, Paco Fernández Ordóñez, Enrique Múgica y algún otro diputado que también iban vestidos «de paisano» –como decía yo– y a los que me uní con alivio. Recuerdo que pisábamos unas espléndidas alfombras y que Joaquín Garrigues dejaba caer en ellas descuidadamente la ceniza de su cigarrillo. «ten cuidado –le dije– porque si quemas la alfombra me echarán la culpa a mí, el único «rojo» presente». Me rieron la broma y poco a poco terminamos tomando conciencia de que siendo los elegidos del pueblo, éramos los que teníamos un derecho más claro a estar allí y empezamos a dejar de sentirnos extraños y por el contrario a sentir auténticamente extraños a muchos de los asistentes que ya no volví a encontrar en ese tipo de recepciones nunca más.³⁷

Crisis y expulsión

El escenario político que siguió a las segundas elecciones generales de 1979, caracterizado por el fin del consenso, la descomposición de la UCD y la emergencia del PSOE, echó por tierra la línea política del PCE. El fin del consenso ahogó definitivamente la Política de Reconciliación Democrática y los intentos de Carrillo por estar en el centro de la vida institucional mediante su participación en las negociaciones conjuntas. Al mismo tiempo el PCE no pudo retener a buena parte de sus bases sociales ante el empuje de un PSOE fortalecido tras superar la famosa «crisis del marxismo» del XXVIII Congreso de 1979 y que, crecido ante la descomposición de UCD, se había revalorizado como única alternativa capaz de conjugar los valores mayoritarios de cambio y seguridad tras la intentona golpista

del 23F. Cuando ello fue así Santiago Carrillo se quedó completamente descolocado, hasta el punto de dar un bandazo a última hora a la línea política del partido, pasando a plantear el consabido slogan de la unidad de la izquierda al objeto desesperado de subirse al carro de las buenas expectativas electorales de su rival socialista.³⁸ Antes de eso Santiago Carrillo tuvo su mayor momento de grandeza personal la tarde del 23 de febrero, cuando junto con Adolfo Suárez y Gutiérrez Mellado permaneció sentado en su escaño mientras los golpistas tiroteaban el Congreso, en un acto que se ha prestado a múltiples interpretaciones metafóricas y que cuando menos pone de manifiesto la seguridad que el político tenía en el papel que estaba desempeñando.

En lo relativo a su vida interna el PCE sufrió a partir de 1980 una crisis desgarradora que se expresó en varios conflictos: la crisis del PSUC, la fractura del EPK y la contestación interna desatada por los eurorenovadores.³⁹ El trasfondo de esta verdadera crisis orgánica fue una situación de insatisfacción generalizada entre la mayoría de la militancia.⁴⁰ Esta insatisfacción se debió a las frustraciones que generaron unos resultados electorales que no rindieron justicia a la contribución del partido a la lucha democrática. Se debió igualmente a la incapacidad del partido a la hora dar cauce, ya en la democracia, a las potencialidades de muchos de sus militantes debido a los pocos cargos institucionales conquistados. Y se debió, especialmente, a la exasperación de una militancia fundamentalmente obrera que estaba sufriendo los estragos de la crisis económica y que sentía que la dirección no hacía mucho por evitarlo. Pero junto a estos factores contextuales que en gran medida sobrepasaban la capacidad de acción del secretario general sí hubo otros que fueron de su responsabilidad directa. En este sentido el malestar de la militancia se debió también a la constatación del declive orgánico que venía sufriendo el partido como consecuencia de una orientación política que pasó a primar el trabajo institucional por encima del trabajo de base en

los movimientos sociales. El más vivo ejemplo de ello fue la decisión promovida por Santiago Carrillo de dismantelar la organización sectorial que tan buenos resultados había dado y que agrupaba a sus militantes según su lugar de trabajo o por su dedicación profesional, para pasar a encuadrarlos según su lugar de residencia. Es decir, la decisión de dismantelar una organización sectorial que estaba pensada para impulsar amplios movimientos sociales y que empezaba a ser crítica, por una organización territorial más controlable pensada para organizar elecciones en circunscripciones electorales.⁴¹ Finalmente, el malestar de buena parte de la militancia se debió también a la falta de democracia interna resultante en buena medida del choque entre una dirección encabezada por Carrillo y procedente en buena medida del exilio que seguía practicando el dirigismo y el consignismo de antaño y una generación de activistas que venía practicando formas más flexibles y participativas de funcionamiento. En este sentido la renuncia a señas de identidad como el leninismo no fue acompañada de la renuncia a principios organizativos como el del centralismo democrático, que Carrillo aplicó con mano de hierro ante los múltiples conflictos internos que empezaron a surgir.

Lo fundamental es que estas frustraciones enconaron las diferencias ideológicas internas, que eran muchas debido a las diferencias generacionales, formativas y socioprofesionales de sus militantes, a los distintos cauces de acceso al partido y a los diversos espacios en los que habían desarrollado su militancia. Esta pluralidad ideológica había venido regulándose gracias a la cohesión que imponía la lucha contra la dictadura. Pero el nuevo contexto de la democracia disolvió este elemento de cohesión y la diversidad ideológica se tornó conflictiva, sobre todo cuando la dirección encabezada por Carrillo intentó oficializar el eurocomunismo a marchas forzadas, abriendo con ello la Caja de Pandora. En lugar de aglutinar a una militancia ideológica y culturalmente diversa en torno a cuerdos programáticos, Carrillo optó por tratar de, en

sus propias palabras, «homogeneizar» al partido, sofocando el fuego de la diversidad cultural e ideológica con la gasolina del eurocomunismo. Este propósito, que agudizó las tensiones internas, lo expresó en el Comité Central reunido en Córdoba a mediados de 1979:

Las exigencias de la clandestinidad han llevado a que el partido se desarrolle por vías de sectorialización muy compartimentadas que han dado diversos estilos y diversa formación a los camaradas del partido. Y todo esto hay que refundirlo a través de un proceso de trabajo y lucha. Estimo que ahora nos encontramos en unos u otros sitios con una serie de problemas (y a veces conflictos) cuyo origen primordial es la diversidad de vías seguidas en la formación de unos y de otros, y una cierta cristalización de grupos sobre esa base, que tiene dificultades para fusionarse [...] En esta rara tarea, nos encontramos con que el fortalecimiento del Partido pasa por lo que hemos llamado su homogeneización. No se trata, naturalmente de volver al monolitismo. Tampoco el problema esencial es conseguir una unidad de acción sobre una línea política común porque, en general, eso existe ya. Ni siquiera llegar a una compenetración mayor sobre el concepto de lo que es el partido, aunque en este sentido sea necesario ir avanzando más. Es todo eso y más.⁴²

Su propuesta de oficialización del eurocomunismo generó el rechazo acalorado de varias sensibilidades. Para los llamados eurorenovadores el eurocomunismo de Santiago Carrillo se quedaba corto en sus críticas al socialismo real y en su apuesta por la democracia parlamentaria, al tiempo que no se traducían en mayor democracia interna. Para los sectores más ortodoxos resultaba poco menos que una traición socialdemócrata. Y para otros sectores más críticos y heterodoxos apenas era otra cosa que un eslogan propagandístico. El caso es que los conflictos entre todas estas familias y de todas estas familias con la dirección se saldaron con escisiones, transfuguismos y expulsiones y con esa imagen de partido cainita el PCE concurrió a las elecciones del 82 obteniendo unos resultados catastróficos.

Además de todo lo dicho, hubo tres problemas de largo alcance que lastraron al PCE en la Transición, y que Santiago Carrillo incentivó o a los que no pudo o supo hacer frente.

El primero de ellos fue el de la incapacidad del partido de rentabilizar de puertas adentro los resultados alcanzados de puertas adentro. Por ejemplo el PCE fue a mediados de los setenta el partido más influyente entre la intelectualidad democrática,⁴³ pero no supo enriquecerse intelectualmente con su aportación por razones que tienen que ver con su convulsa trayectoria de guerra y clandestinidad, pero también porque la dirección del partido, con Santiago Carrillo a la cabeza, se creyó con frecuencia autosuficiente desde el punto de vista teórico y también porque se instrumentalizó con frecuencia a esos intelectuales para racionalizar a posteriori las decisiones personales del secretario general. Sobre esto último nada más esclarecedor que las palabras a propósito del abandono del leninismo del que fuera durante un tiempo el intelectual de la dirección más cercano a Carrillo: «[...] El método empleado fue totalmente erróneo. Todo empezó con unas declaraciones de Carrillo a la prensa, sin una discusión previa. Luego, tuvimos todos que luchar para convertir esas declaraciones personales de Carrillo en posición oficial del partido».⁴⁴

En segundo lugar, el secretario general no pudo o no supo percibir los cambios de largo alcance que iba a traer consigo la crisis estructural del capitalismo de los años 70 y salida neoliberal que se dio a esa crisis. La crisis y su salida neoliberal sacudieron los cimientos sobre los que descansaba la consistencia de los partidos comunistas occidentales, pues modificó las formas de organización del trabajo e introdujo cambios consecuentes en la composición sociológica y en los patrones culturales de la clase obrera. Semejantes cambios exigían una revisión de toda la práctica comunista que no se supo acometer o que no llegó ni a concebirse. Ante esa encrucijada el comunismo español e internacional estuvo basculando entre la afirmación nostálgica de

las viejas certezas caducas y la consabida reconversión a una socialdemocracia que empezaba a experimentar un gran desconcierto con el fin del crecimiento económico de los años dorados del Welfare State. Visto con perspectiva parece que, para zafarse de lo primero, el proyecto eurocomunista del secretario general no logró resistirse a esa última tentación.

El tercer problema tuvo que ver con la incapacidad de desarrollar una línea política autónoma en el nuevo contexto de mediatización de la política. En la Transición se experimentó una cierta virtualización de la política por la cual ésta se desplazó en cierta forma del conflicto social al debate mediático y eso fue tremendamente perjudicial para un partido como el PCE que había enraizado su influencia en el conflictividad social y que no contó en la Transición con el beneficio de grandes referentes mediáticos. En este sentido llama la atención que Carrillo insistiera de manera casi obsesiva en escenificar mediáticamente unos cambios que generaban tensiones internas y en algunos casos hipotecaba su autonomía cuando, además, estos cambios eran, con independencia de su autenticidad o no, insistentemente desacreditados por la prensa. Como hemos tenido oportunidad de analizar,⁴⁵ si algo se puso de manifiesto en la prensa con respecto al PCE fue la hostilidad de todos los diarios de gran tirada hacia el partido dirigido por Santiago Carrillo, y en concreto hacia su persona, muy especialmente por parte de *El País*, curiosamente el periódico de gran tirada que más ha valorado en los momentos inmediatos a su muerte su papel durante la Transición. Fue *El País* quien más se afanó en atar al PCE a un pasado a su juicio agotado y en situar a Carrillo como su lastre principal:

[...] el secretario general del PCE, sin darse cuenta pone una vez más al descubierto, al referirse a franquistas y comunistas de toda la vida, ese punto flaco que de crearle sólo existe en la malévola imaginación de este periódico. Porque entre los militantes o cuadros del PCE que entraron en la organización después de la invasión de Checoslo-

vaquia y los dirigentes que loaron hasta la adulación la figura de Stalin, calumniaron a los comunistas yugoslavos, justificaron el Gulag, aplaudieron la invasión de Hungría o tomaron por un catecismo el canon sagrado del «marxismo-leninismo» hay una distancia tan grande como la que separa a José Antonio Girón y Raimundo Fernández Cuesta de Adolfo Suárez o a Rodolfo Llopis de Felipe González. Es un motivo de reflexión que el único partido a cuyo frente continúan hombres asociados con la guerra civil sea precisamente el que más se ha esforzado en su propaganda por borrar de la memoria colectiva ese sangriento conflicto.⁴⁶

El desenlace de todo aquello es de sobra conocido. Santiago Carrillo se sintió obligado a dimitir tras la debacle de 1982, puso al frente del partido a Gerardo Iglesias y terminó siendo expulsado cuando su delfín se rebeló contra su tutelaje. Tras fracasar en el intento de crear un nuevo partido político, terminó recomendando a sus seguidores que ingresaran en el PSOE, pero eso forma parte ya de su biografía posterior a la Transición, aquella desde la que tantas veces se ha valorado, con cierto resentimiento, su trayectoria durante el proceso. Lo que sí resulta inapelable es que después de aquellos años convulsos en los que Carrillo llevó las riendas del PCE el partido terminó –por razones que obviamente van más allá de la acción del secretario general, pero que sin duda tienen que ver con ésta– roto por dentro, con sus filas mermadas, muy lejos del proyecto de ruptura con la dictadura que había soñado y a años luz de ser el referente político fundamental que había llegado a ser de una parte de la sociedad entonces muy consciente y movilizad. Así visto, parece que algunos de los elogios que por parte de periodistas y políticos se han dirigido a Santiago Carrillo a su muerte estaban orientados a celebrar ese resultado. Habrá que ver si la historiografía se suma o no a este festejo.

NOTAS

- ¹ A este discurso pertenecen por ejemplo las crónicas de Daniel Serrano en *La Gaceta*, 19/09/2012, pp. 14 y 15; los artículos de opinión de César Vidal, «Pequeño saquete de maldades», 18/09/2012 en <http://www.libertaddigital.com/opinion/cesar-vidal/pequeno-saquete-de-maldades-65648/> o de Alfonso Ussía, «Punto final», *La Razón*, 20/9/2012, o las intervenciones de Federico Jiménez Losantos y Gabriel Albiac en la tertulia de «Es la Mañana de Federico» en *esRadio*, <http://fonoteca.esradio.fm/2012-09-19/tertuia-de-federico-la-verdadera-cara-de-carrillo-49146.html>.
- ² <http://www.nodo50.org/foro/iviewtopic.php?f=2&t=8179&p=117941>; <http://www.lahaine.org/index.php?p=64088>; <http://www.insurgente.org/index.php/template/politica/item/1632-el-r%C3%A9gimen-llora-a-carrillo-los-comunistas-nowwww.google.es>
- ³ El más vivo ejemplo mediático de lo primero fue el editorial que llevaba por título «El legado de Carrillo», de *El País*, Editorial, 19/09/2012, reforzado por el artículo de ese día de Soledad Gallego-Díaz «Decisivo en la Paz», *El País*, 19/09/2012, p. 17, o también el editorial de *El Periódico* del grupo Zeta que llevaba por título «Carrillo, uno de los últimos grandes líderes», *El Periódico*, Editorial, 19/09/2012. Mientras que una muestra significativa de lo segundo la encontramos en el editorial de *El Mundo* titulado «Las dos caras de un personaje que ya es historia», *El Mundo*, Editorial, 19/09/2012.
- ⁴ *El Mundo*, 19/09/2012, p. 4.
- ⁵ *El País*, 19/09/2012, p. 15.
- ⁶ *La Vanguardia*, 19/09/2012, p. 15.
- ⁷ <http://www.europapress.es/nacional/noticia-santamaria-carrillo-participo-momento-luz-transicion-20120919141531.html>
- ⁸ *El País*, 19/09/2012, p. 15
- ⁹ <http://www.elmundo.es/elmundo/2012/09/19/espaa/1348017479.html>
- ¹⁰ *El País*, 19/09/2012, p. 15.
- ¹¹ <http://www.publico.es/espaa/442531/lu-ensalza-la-figura-de-carrillo-pese-a-las-diferencias>.
- ¹² Josep Fontana, *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.
- ¹³ Esos factores los hemos procurado analizar en nuestra trabajo, Juan Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE en (la) la Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012, pp. 257-384.
- ¹⁴ <http://www.europapress.es/nacional/noticia-carrillo-pons-ojala-generosidad-carrillo-otros-tuvieron-transicion-nos-acompane-siempre-20120919124358.html>
- ¹⁵ Carlos Alonso Zaldívar, «El peso de un hombre de Estado», *El País*, 19/09/2012, pp. 20 y 21.
- ¹⁶ Los efectos que ello tuvo para el partido pueden verse de manera sintética en Carme Molinero y Pere Ysàs, «El partido del antifranquismo (1956-1977)», en Bueno, Manuel; Hinojosa, José; y García, Carmen (coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Madrid, FIM, 2007, y, para el caso de Cataluña, en Xavier Doménech, «Entre el chotis reformista y la sardana idílica. La política de alianzas

- del PSU de Cataluña en tiempos de cambios políticos», *Papeles de la FIM* (Madrid), n.º 24, 2006, p. 205.
- ¹⁷ Sobre el contexto y la formulación de la Política de Reconciliación Nacional véase Francisco Erice, «Los condicionamientos del «giro táctico» en 1956: el Contexto de la Política de Reconciliación Nacional» y María José Valverde, «La política de Reconciliación Nacional: contenidos y planteamientos», ambos en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (coord.), «Política de alianzas y estrategias unitarias en la historia del PCE», *Papeles de la FIM*, núm. 24, 2006.
- ¹⁸ «Declaración del PCE por la reconciliación nacional. Por una solución democrática y pacífica del problema español», junio 1956, Carpeta 73, Sección Documentos, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE).
- ¹⁹ Así fue oficialmente justificado en «Tesis I: Características del actual proceso de cambio», en *Noveno Congreso del PCE, Actas, debates, resoluciones*, Bucarest, PCE, 1978, p. 339.
- ²⁰ Sobre los posibles escenarios, véase la aplicación de la teoría de juegos por: Josep. M. Colomer, *La transición a la democracia: el modelo español*, Barcelona, Anagrama, 1998. cap. 5, y Antoni Domènech, «El juego de la transición democrática», *Arbor* (Madrid) núm. 503-504, 1987, pp. 207-229.
- ²¹ «Informe de Santiago Carrillo al pleno del CC de Roma 1976. De la clandestinidad a la legalidad», en Dolores Ibarri y Santiago Carrillo, *La propuesta comunista*, Barcelona, Laia, 1977 pp. 239-241.
- ²² Rubén Vega García, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en Francisco Erice (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón, TREA, 1996, pp. 184 y 185.
- ²³ En sus memorias, Santiago Carrillo deja entrever que allí se alcanzó ya el acuerdo, pese a que plantea que los detalles se fueron determinando posteriormente en conversaciones a través de José Mario Armero: Santiago Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2005 pp. 713-716. Así parece ser que lo reconoció Adolfo Suárez cuando fue entrevistado por Victoria Prego, *Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza y Janés. 1995, pp. 643-647, o Joaquín Bardavío, *Sábado Santo Rojo*, Madrid, Ediciones Uve, 1980, pp. 165-171.
- ²⁴ La intervención fue publicada en *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 16, semana del 25 de abril al 1 de mayo de 1977.
- ²⁵ El comunicado también fue recogido en *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 16, semana del 25 de abril al 1 de mayo de 1977.
- ²⁶ Las explicaciones del PCE sobre sus resultados electorales pueden verse en el editorial de *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 25, 22 de junio de 1977, p. 3. o sobre todo en el número dedicado a exponer las conclusiones del Comité Central convocado para analizar las elecciones el 26 y 27 de junio: *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 26, 29 de junio de 1977, donde además se recoge (pp. 7-10) la intervención de Santiago Carrillo, que también puede encontrarse en «Democratización real de la sociedad y sus instituciones. Informe al pleno ampliado del Comité Central del PCE. (Junio de 1977)», en Santiago Carrillo, *Escritos sobre eurocomunismo*, Zaragoza, Forma, 1977, Tomo II, pp. 55-82.
- ²⁷ Santiago Carrillo, «Informe al pleno ampliado del CC...», *op. cit.*, p. 68.
- ²⁸ Santiago Carrillo, «Informe al pleno ampliado del CC...», *op. cit.*, p. 69.
- ²⁹ «Un gobierno de concentración democrática nacional. Intervención en el Congreso (27 de julio de 1977)», en Santiago Carrillo, *Escritos sobre eurocomunismo*, *op. cit.*, pp. 85-95. y «Urge un gobierno de concentración democrática nacional. Intervención en el Congreso (14 de Septiembre de 1977)», en *Escritos sobre eurocomunismo*, *op. cit.*, pp. 99-109.
- ³⁰ Cita tomada de Jesús Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, p. 289.
- ³¹ Las razones recogidas las expuso el propio Santiago Carrillo en su intervención en el Congreso de los Diputados el día 31 de octubre de 1978: «Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, año 1978, n.º 130, pp. 5194 y 5196», en [www.congreso.es].
- ³² ABC, 27 de noviembre de 1977, p. 7.
- ³³ Sobre el eurocomunismo hay una variada bibliografía. Entre los trabajos historiográficos más recientes pueden verse Juan Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE en (la) Transición*. *op. cit.*, pp. 86-107, Emanuele Treglia (ed.), «Eurocomunismo», en *Historia del Presente*, núm. 18, 2011, Carmen González (coord.), «Partidos comunistas y pasado reciente. Trayectorias históricas nacionales, historiografía y balance», en *Revista Historia Actual* (Cádiz), n.º 6, 2008, y Jesús Sánchez Rodríguez, *op. cit.*, pp. 195-301.
- ³⁴ Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977.
- ³⁵ ABC, 26 de noviembre de 1977, p. 6.
- ³⁶ Arriba, 28-X-1977, p. 13.
- ³⁷ Santiago Carrillo, *Memorias*, *op. cit.*, pp. 791-794.
- ³⁸ Este viraje se sustanció inicial en el eslogan de «Juntos Podemos», con el que el PCE se presentó a las elecciones andaluzas de 1982.
- ³⁹ La bibliografía sobre estas crisis y sus respectivas manifestaciones territoriales o sectoriales, ya sea de testigos de la época ya sea de investigadores posteriores, es abundante. Véase Pedro Vega y Peru Erroteta, *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta, 1982, Gregorio Morán, *Miseria y Grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 552-604, o Pere Ysás, «El PSUC durant el franquisme tardà i la Transició: de l'hegemonia a la crisi (1970-1981)», en Gaiame Pala (ed.) *El PSU de Catalunya, 70 Anys de Lluita pel Socialisme. Materials per a la història*, Madrid, FIM, 2008. pp. 175-182.
- ⁴⁰ Algunas de las razones que se exponen a continuación están planteadas en Rubén Vega, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en Francisco Erice (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón, TREA, 1996, pp. 185-188 o Gaiame Pala, «El PSUC hacia adentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en Gaiame Pala (ed.), *El PSU de Catalunya...*, *op. cit.*, pp. 189-201 y han sido ampliadas y desarrolladas en Juan Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE...*, *op. cit.*, pp. 372-381.
- ⁴¹ El debate generado por el desmantelamiento de esta estructura organizativa cobró especial intensidad en estos términos en la Asamblea de Intelectuales, profesionales y

artistas del PCE: «La inserción orgánica de los de los profesionales e intelectuales en el partido, en «Documentos de la Primera Asamblea de Intelectuales, profesionales y artistas del PCE en Madrid», enero de 1981, Carp. 1.9, Caja 126, Fondo Fuerzas de la cultura (Intelectuales-Profesionales y Artistas), AHPCE.

⁴² *Mundo Obrero semanal*, del 24 al 30 de mayo, p. 3.

⁴³ Entre las reflexiones interesantes a propósito de este fenómeno destacan las que al final de la Transición realizaron algunos intelectuales, profesionales y dirigentes del PCE como Manuel Vázquez Montalbán, Daniel Lacalle, Nicolás

Sartorius, Rafael Ribó o José Jiménez recopilados en *Los intelectuales y la sociedad actual*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1981.

⁴⁴ M. Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo*, Madrid, Argos Vergara, 1982, p. 59.

⁴⁵ Ello lo constatamos especialmente tras un análisis pormenorizado de la cobertura al IX Congreso del PCE que dieron: *EL País*, *Diario 16*, *ABC*, *La Vanguardia* y *Arriba*, Juan Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE...*, *op. cit.*, pp. 339-356.

⁴⁶ *El País* (Madrid), 20 de abril de 1978, editorial.